

«No solo fue un estallido» Movilización social y configuración del nodo de contienda 2019-2021 en Colombia

Diego Andrés Quintero Timaná¹

¹ Corporación Universitaria Minuto de Dios, Colombia. Correo electrónico: diegoqt92@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-6631-1969>

Recibido: 15/12/2025. Aceptado: 21/04/2026.



<https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202601.008>

«No solo fue un estallido»

Mobilización social y configuración del nodo de contienda 2019-2021 en Colombia

RESUMEN

El artículo analiza las movilizaciones sociales de 2019 y 2021 en Colombia no como episodios aislados ni como «estallidos» espontáneos, sino como momentos articulados dentro de un nodo de contienda entendido como un proceso de interconexión entre actores, territorios y repertorios en un marco espaciotemporal continuo. Mediante un diseño cualitativo-descriptivo, se triangula 12 entrevistas con activistas del suroccidente colombiano, 150 piezas periodísticas y 400 publicaciones en redes sociales, construyendo un catálogo de 75 eventos de protesta. Los hallazgos muestran que la intensidad no responde a picos aislados, sino a una acumulación, donde el 21N operó como momento de expansión y legitimación, mientras el 28A lo reactivó con mayor territorialización y convergencia multisectorial. Así mismo, se evidencia que el movimiento estudiantil universitario actuó como *broker*, traduciendo demandas sectoriales en agendas comunes y articulando lo local, lo nacional y lo digital. El nodo de contienda en estudio dejó residuos como logros institucionales (renuncia del ministro de Hacienda, protocolos de género) y transformaciones subjetivas, pero también represión selectiva y fatiga militante. Se concluye que la persistencia organizativa, más que la efervescencia, explica el impacto estructural del ciclo, cuya comprensión exige superar la fragmentación analítica y reconocer la contienda como proceso acumulativo y relacional.

Palabras clave: Nodo de contienda, Estallido social, Colombia, Movimiento estudiantil, Política contenciosa.

“It Was Not Just a Social Outbreak”

Social Mobilization and the Formation of a Contentious Node in Colombia, 2019–2021

ABSTRACT

This article analyzes Colombia's 2019 and 2021 social mobilizations not as isolated episodes or spontaneous “outbursts,” but as interconnected moments within a “node of contention.” This concept denotes a process of sustained articulation among actors, territories, and repertoires across a continuous spatiotemporal framework. Employing a qualitative-descriptive approach, the study triangulates data from 12 in-depth interviews with activists in southwestern Colombia, 150 journalistic pieces, and 400 social media posts, constructing a catalog of 75 protest events. Findings reveal mobilization intensity stems from an accumulative dynamic: the November 2019 protests (21N) functioned as expansion and legitimization, whereas April 2021 mobilizations (28A) reactivated the cycle through greater territorial anchoring and multisectoral convergence. The university student movement emerges as a key broker, translating sector-specific demands into shared agendas across local, national, and digital spheres. The node generated multifaceted residues: institutional gains (e.g., the Finance Minister's resignation), subjective transformations among youth, yet also selective repression and militant fatigue. The article concludes that organizational persistence—rather than mere effervescence—best explains the cycle's structural impact. Understanding such processes requires moving beyond analytical fragmentation to recognize contentious politics as fundamentally accumulative and relational.

Keywords: Node of contention, Social unrest, Colombia, Student movement, Contentious politics.

INTRODUCCIÓN

Los años comprendidos entre 2018 y 2022 fueron para Colombia un periodo caracterizado por acontecimientos como la transición entre el gobierno de Juan Manuel Santos, con quien se había alcanzado la firma del acuerdo de paz con las FARC, al gobierno de Iván Duque, quien retomaba las políticas de gobierno implementadas por el expresidente Álvaro Uribe Vélez, hasta la elección presidencial del candidato Gustavo Petro en el 2022.

En el año 2019 se registraron movilizaciones masivas convocadas por la coalición entre centrales obreras, estudiantes, indígenas, campesinos y organizaciones sociales. Al año siguiente, se declara el estado de emergencia sanitaria a raíz de la pandemia por COVID-19 y se hace pública la propuesta de reforma tributaria presentada por el gobierno de Iván Duque. Para el año 2021 se reactivan los índices de violencia armada y la persecución y asesinato selectivo a líderes sociales mientras se agudiza la crisis humanitaria y de represión acaecida a partir de los procesos de movilización desplegados en el contexto nacional. Esta antesala de crisis social y violencia encontró un encausamiento hacia las elecciones presidenciales de 2022, en donde el candidato Gustavo Petro obtuvo la victoria como el primer candidato de izquierda en alcanzar el cargo de presidente de la República.

En este contexto, se distinguen dos procesos de intensificación de la movilización social: por un lado, el acaecido en el marco del paro nacional del 21 de noviembre de 2019 y, por otro lado, el originado a partir de las movilizaciones iniciadas el 28 de abril del 2021. Si bien, estos procesos han sido abordados por trabajos como los de Lozano-Lerma (2022), Aguilar-Forero (2022), Lince-Bohórquez (2022), Barrero-Cubides (2023), Velásquez (2024), Moreno-Socha (2024), entre otros, se han presentado dos aspectos reiterativos. Por un lado, se suele analizar estos eventos como procesos separados o independientes entre sí, distanciados por un periodo de emergencia sanitaria por COVID-19 que aminora analíticamente las relaciones de interdependencia entre estos ciclos de movilización. Por otro lado, se abordan los procesos de movilización social del año 2021 con la denominación de «estallido social», lo cual reduce la acción colectiva desplegada en este periodo a hechos de efervescencia y «momentos explosivos». Este análisis ignora el proceso organizativo que desde años atrás (inclusive décadas) sus actores han venido conformando en el marco de la política contenciosa de los movimientos sociales en Colombia.

En este sentido, este artículo tiene como propósito proponer un abordaje de estudio de las movilizaciones sociales desplegadas en Colombia entre 2019 a 2021 no solo como una serie de eventos de protesta sino como un nodo de contienda, es decir, como un proceso de conexión de acciones colectivas contenciosas en las que se articulan actores, demandas y repertorios en un escenario espacio/temporal

común, que se inserta en un ciclo de protesta más amplio. Así, desde el enfoque de la política contenciosa (*Contentious Politics*) dentro del cual se incluyen obras como las de Tilly (1978, 1995, 2004), Tarrow (2011) y McAdam *et al.* (2001) sobre el estudio de la acción colectiva contenciosa, se procura examinar de manera más amplia e integrada las movilizaciones, «estallidos» y hechos de protesta acaecidos en el periodo en mención.

Este trabajo se vincula a los estudios de las oleadas de movilización de inicios del siglo XXI, con énfasis particular en el contexto colombiano. En este escenario se registró una alta intensidad contenciosa a partir de las protestas iniciadas en noviembre de 2019 dirigidas contra la reforma laboral y tributaria. Posteriormente, entre abril y junio de 2021 se desplegaron nuevas movilizaciones en rechazo al proyecto de reforma tributaria del gobierno Duque y la represión policial.

En estos procesos participaron actores diversos como el movimiento estudiantil, los sindicatos de trabajadores, las juventudes urbanas, los colectivos feministas y los pueblos indígenas. Estos actores articularon una contienda convergente que logró desestabilizar el consenso neoliberal. Además, forzaron la renuncia del ministro de Hacienda y contribuyeron a la victoria electoral de Gustavo Petro en 2022.

Por su parte, el estudio adopta un posicionamiento teórico que dialoga con la Teoría de la Movilización de Recursos y la Teoría de la Estructura de Oportunidades. Este marco se combina con información recolectada a través de entrevistas en profundidad con activistas sociales, noticias publicadas en informativos nacionales y contenido digital de redes sociales. Sobre la base de lo anterior, se plantea de manera exploratoria la noción de nodo de contienda, el cual permite comprender procesos que se vinculan y conectan en un circuito de acciones contenciosas de mayor escala, posibilitando comparar el caso colombiano con otras dinámicas políticas y sociales presentadas en la región.

El artículo se estructura en cuatro secciones. En primer lugar, se detalla la metodología empleada en el proceso de recolección, sistematización y análisis de la información. Posteriormente, se precisan elementos teóricos y conceptuales asociados al estudio de eventos, episodios, oleadas, ciclos y periodos de contienda y sus diferencias con la noción de nodos de contienda. Como parte de los resultados de investigación, se presenta un catálogo de eventos que caracteriza la morfología de las movilizaciones presentadas entre 2019-2021, y finalmente se discuten las implicaciones y alcances en la configuración de este periodo como un nodo de contienda en el marco del ciclo de protesta desplegada en la segunda década del siglo XXI en Colombia.

METODOLOGÍA

El trabajo se desarrolló desde un diseño metodológico de carácter cualitativo y de tipo descriptivo-analítico centrado en el concepto de «nodo de contienda». Esta aproximación metodológica permitió capturar simultáneamente la intensidad de la movilización social, sus mecanismos de contienda y sus residuos organizativos.

La investigación trianguló tres fuentes de datos recolectadas entre enero de 2024 y abril de 2025: En primer lugar, 12 entrevistas en profundidad con activistas sociales del suroccidente colombiano que lideraron y participaron en colectivos y movimientos sociales durante las movilizaciones de 2018-2022 (duración media de 90 minutos, semiestructuradas, grabadas con consentimiento informado; anonimato garantizado mediante pseudónimos como «Activista-Valle #02»). En segundo lugar, análisis de prensa nacional y regional (El Espectador, El Tiempo, El País, Diario del Cauca, Diario del Sur), N=150, piezas seleccionadas por palabras clave: «movilización», «protesta», «marcha», «paro», «estallido»; período 01/01/2018-31/12/2022. En tercer lugar, contenido digital de redes sociales Facebook y X/ Twitter; N=400 publicaciones muestreadas por palabras clave mencionadas anteriormente y en el mismo período.

El muestreo fue teórico y por conveniencia-bola de nieve, priorizando momentos críticos de protesta del periodo 2018-2022. Se construyó un catálogo de 75 eventos de protesta seleccionados intencionalmente por su capacidad de ilustrar la interconexión entre actores, territorios y repertorios dentro del periodo de estudio. Cada evento fue validado mediante la convergencia de al menos dos fuentes, por ejemplo, una movilización mencionada en prensa y documentada en redes y/o narrada en entrevista.

El análisis siguió tres fases: (1) reconstrucción cronológica del ciclo vía catálogo de eventos; (2) codificación temática abierta/axial (NVivo) para identificar mecanismos (*brokerage* estudiantil, difusión territorial-digital); y (3) interpretación abductiva contrastando hallazgos con el enfoque de la política contenciosa (McAdam *et al.*, 2001). El protocolo ético garantizó el consentimiento informado a los participantes y la devolución de resultados mediante informes sintéticos enviados a los colectivos participantes, práctica alineada con los principios de la investigación militante (Auyero, 2001).

DIMENSIONES CONCEPTUALES PARA EL ESTUDIO DE LA ACCIÓN COLECTIVA CONTENCIOSA

La conceptualización de los movimientos sociales ha evolucionado significativamente desde las perspectivas que los reducían a meras expresiones de descontento

colectivo. Como señala Neveau (2000), el sentido común asocia a los movimientos sociales con grupos de personas que expresan sus peticiones y reivindicaciones a través de huelgas, movilizaciones y ocupaciones, cuando su configuración responde a procesos organizativos más complejos que articulan identidades colectivas, oportunidades políticas y repertorios de acción específicos contra adversarios con poder institucionalizado.

En este escenario, el enfoque de la política contenciosa propone precisiones conceptuales fundamentales para superar esta visión reduccionista. Tarrow (2011) define los movimientos sociales como «desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades» (p. 21), estableciendo cuatro propiedades esenciales: desafíos colectivos, objetivos comunes, solidaridad e interacción mantenida. Esta conceptualización permite distinguir entre acciones colectivas puntuales y movimientos sociales propiamente dichos, caracterizados por su capacidad organizativa y sostenibilidad en el tiempo.

Ahora bien, las transformaciones en los repertorios de protesta durante la última década han impulsado renovaciones teóricas significativas. Autoras como della Porta (2015) identifican la emergencia de «movimientos multitudinarios» caracterizados por estructuras horizontales, un rechazo a la institucionalización tradicional y la articulación de demandas en espacios híbridos (online-offline). Por su parte, Castells (2012) complementa esta perspectiva al señalar que los movimientos contemporáneos se definen cada vez menos por su interacción prolongada con las élites y más por su capacidad de construir «comunidades de indignación» que interpellan poderes establecidos mediante tácticas descentralizadas.

Al respecto, las categorías analíticas propuestas por Tilly y Tarrow (2005) (evento, episodio, campaña, oleada y ciclo) requieren ser aplicadas con flexibilidad. Para los autores, un «evento» se constituye en la unidad más elemental de análisis (como el cacerolazo del 21 de noviembre de 2019 en Bogotá); un «episodio» agrupa secuencias acotadas de eventos de interacción contenciosa (el paro nacional del 21 de noviembre de 2019 al 21 de febrero de 2020); mientras que una «campaña» articula episodios hacia objetivos políticos específicos (la oposición a la reforma tributaria). Las «oleadas» representan periodos de intensa actividad que se difunden geográficamente, y, por último, los «ciclos» abarcan procesos más amplios de transformación política, social e institucional.

La aplicación de estas categorías para el análisis de los movimientos sociales latinoamericanos requiere una consideración crítica de las particularidades regionales. Como lo señala Zibechi (2012), en América Latina «los movimientos sociales no buscan simplemente la conquista del poder estatal ni la transformación de las instituciones, sino que construyen territorialidades autónomas donde la vida social

se organiza según otros criterios, distintos a los del capital y el Estado» (p. 27). Esta perspectiva cuestiona la definición de Tarrow al evidenciar que muchos movimientos en la región priorizan la construcción de autonomía territorial y social sobre la confrontación directa con las élites.

Esta tensión se manifiesta particularmente en el contexto colombiano, donde confluyen estrategias de confrontación estatal con proyectos de construcción territorial. Svampa (2016) ha analizado este fenómeno en América Latina, argumentando que «los movimientos sociales en la región atraviesan un proceso de redefinición de sus agendas, transitando de demandas sectoriales hacia propuestas civilizatorias que cuestionan el modelo de desarrollo hegemónico» (p. 189). Escobar (2018) complementa esta visión al identificar un «giro territorial» donde «los territorios no son simplemente espacios geográficos, sino espacios políticos y culturales donde se tejen relaciones sociales, económicas y ecológicas alternativas» (p. 132), permitiendo comprender cómo las protestas urbanas, durante el paro nacional colombiano, expresaban una crisis territorial más amplia sobre el uso del espacio público y la democratización de las decisiones urbanas.

Así, la confluencia de estas perspectivas permite establecer un marco analítico más robusto para estudiar los ciclos de protesta en Colombia. A diferencia de los ciclos de contienda clásicos descritos por Tilly y Tarrow (2005), donde «los choques de tradiciones políticas previamente aisladas debilitan los repertorios heredados», el caso colombiano presenta características híbridas que combinan innovación en tácticas con reivindicaciones históricas de justicia social y territorial. Por ello, García Linera (2010) señala que en América Latina «los movimientos sociales han desarrollado formas plebeyas de poder que operan como contrapoderes sociales, articulando demandas específicas con proyectos transformadores» (p. 245), lo que ayuda a explicar la persistencia de ciclos prolongados que trascienden los marcos temporales de un episodio o campaña aislada.

Esta perspectiva reconoce la relevancia de las categorías de la política contenciosa como sus limitaciones para capturar la complejidad de los movimientos sociales latinoamericanos. Al integrar las contribuciones de autores regionales con los avances teóricos recientes sobre los movimientos contemporáneos, este marco permite analizar los procesos de movilización en Colombia no simplemente como reacciones a políticas específicas, sino como expresiones de una crisis de representación política y territorial que demanda transformaciones estructurales en la relación entre Estado, sociedad y territorio.

No obstante, el estudio de la movilización social y la protesta en Colombia entre 2019 y 2021 revela limitaciones conceptuales significativas en el enfoque de la política contenciosa. Estas herramientas teóricas no logran capturar completamente la densidad acumulativa del caso colombiano. A menudo, se pierde de vista

cómo los momentos de calma relativa mantienen viva la contienda mediante redes subterráneas de trabajo y acción colectiva, por tanto, se hace evidente la necesidad de una categoría intermedia que supere la dicotomía entre evento efímero y ciclo prolongado.

Al respecto, cabe señalar que la segmentación analítica entre eventos, episodios, campañas, oleadas y ciclos, aunque útil para la observación sistemática, tiende a fragmentar procesos que en la realidad se entrelazan dialécticamente. Como señala Dussauge-Laguna (2021), los análisis de las protestas colombianas recientes han privilegiado «momentos cumbre» como el paro nacional de noviembre de 2019 o el estallido de abril-mayo de 2021, desconectándolos de sus antecedentes y repercusiones estructurales, lo que impide capturar la lógica procesual y acumulativa de la contienda social en el país.

Si bien estudios como el realizado por Cefäi (2011) han aportado herramientas etnográficas para analizar la movilización social desde sus interacciones cotidianas y la descripción situacional de las acciones de contienda, este trabajo prioriza el enfoque de la política contenciosa de McAdam, Tarrow y Tilly por su capacidad para rastrear mecanismos estructurales de articulación que operan a escala macro y meso. Dichos mecanismos resultan clave para explicar la persistencia relacional y la interconexión procesual entre las movilizaciones acaecidas en Colombia entre 2019 y 2021, más allá de sus picos de visibilidad pública.

Para superar esta fragmentación analítica, se propone la noción de «nodo de contienda» como categoría central. Esta propuesta retoma los engranajes clásicos de la acción colectiva identificados por McAdam *et al.* (2001) entre los que se encuentra el *brokerage* (conexión entre actores previamente separados), el *scale shift* (cambios en la escala espacial y organizativa) y los alineamientos (reconfiguración de identidades y objetivos). De este modo, en lugar de utilizarlos únicamente para describir secuencias temporales, se articulan como componentes de una unidad analítica intermedia que desplaza el foco cronológico hacia la densidad relacional que conecta actores, demandas y repertorios.

El nodo de contienda se diferencia de las categorías tradicionales en tres dimensiones. Primero, mientras un episodio acota secuencias puntuales de interacción, el nodo captura una configuración donde múltiples actores convergen funcionalmente. Segundo, a diferencia de una campaña orientada a objetivos específicos, un nodo opera como un espacio de reconfiguración de las propias demandas, donde emergen agendas comunes a partir de la interacción entre movimientos previamente dispersos. Y tercero, un nodo no es simplemente una fase transitoria dentro de un ciclo, sino que deja «residuos organizativos y simbólicos» que transforman permanentemente el campo de la contienda (Tilly, 2008).

Es preciso aclarar que esta categoría constituye una propuesta analítica original del presente trabajo. No funciona como un contenedor temporal ni como una simple resignificación terminológica. Su aporte radica en priorizar la trama vincular sobre la periodización. Así, mientras los *turning points* identifican momentos de quiebre coyuntural, el nodo revela la infraestructura organizativa y simbólica que sostiene la contienda tras dicho quiebre, incluso cuando la presencia callejera disminuye. Lejos de competir con las categorías clásicas, el nodo de contienda las complementa al ofrecer un lente analítico meso-relacional para comprender la persistencia entre picos de movilización aparentemente desconectados. Esta perspectiva responde a un vacío analítico en los estudios sobre movimientos sociales en Colombia, en tanto permite demostrar que el paro de 2019 y el estallido de 2021 no fueron episodios aislados, sino fases de un mismo nodo articulado a un ciclo de contienda más amplio.

De esta manera, este trabajo dialoga con la producción académica colombiana sobre las movilizaciones recientes. Autores como Arango (2022), Archila (2022) y Celis (2023) han demostrado que los llamados «estallidos» se inscriben en tradiciones de contienda con raíces estructurales y aprendizajes organizativos de larga duración. Por su parte, Cruz (2022) y Velásquez (2021) han analizado cómo estas movilizaciones reconfiguraron la correlación de fuerzas y abrieron espacios de negociación institucional, por lo cual, este artículo complementa dicha lectura al mostrar que esta reconfiguración no fue lineal, sino que se sostuvo mediante infraestructuras relacionales y territoriales que persistieron incluso en periodos de baja intensidad.

Finalmente, la producción regional ha documentado la especificidad del suroccidente colombiano como laboratorio de resistencia, donde la protesta adoptó formas comunitarias y étnico-territoriales (Álvarez-Rodríguez, 2022; Hernández, 2021). Este trabajo retoma estos hallazgos y los integra en un marco relacional que conecta la experiencia regional con dinámicas nacionales y digitales, articulándolas a la noción de nodo de contienda. Así, se evidencia cómo lo local, lo nacional y lo digital se entrelazan funcionalmente en el periodo de estudio.

DEL 21N AL 28A: LOS *TURNING POINTS* DE LA MOVILIZACIÓN SOCIAL ENTRE 2018-2022 EN COLOMBIA

Las movilizaciones sociales acaecidas el 21 de noviembre de 2019 y el 28 de abril de 2021 en Colombia no emergieron como hechos aislados, ni como la irrupción espontánea de una «sociedad cansada», como sugirieron algunos sectores mediáticos de la época. Por el contrario, constituyeron *turning points* (es decir, puntos de inflexión) en un ciclo de contienda, cuyas raíces se remontan a dinámicas estructurales y procesos de movilización que se intensificaron desde 2018. No se trató

entonces de «estallidos» espontáneos, sino de momentos en los que tensiones acumuladas, redes previas y aprendizajes colectivos confluyeron para cambiar el rumbo de la contienda, abriendo nuevas posibilidades de acción, consolidando alianzas intersectoriales y, sobre todo, desestabilizando el consenso que sostenía la gobernanza neoliberal de Iván Duque.

Como lo señala Aguilar-Forero (2022), el ciclo contencioso colombiano de inicios del siglo XXI experimentó una fase de recomposición a partir de la llegada de Iván Duque al poder, marcada por el deterioro de los canales institucionales de representación y la persistencia de demandas históricas sin respuesta estatal. Ya en 2018, mientras el nuevo gobierno ensayaba su discurso de «seguridad jurídica» y «reactivación económica», sectores amplios de la sociedad percibían una vuelta atrás: el freno deliberado a la implementación del Acuerdo de Paz, el asesinato sistemático de líderes sociales, convertidos en más de 500 víctimas entre 2016 y 2019 según el Grupo de Memoria Histórica (2013), y una agenda legislativa orientada a flexibilizar derechos laborales y ampliar zonas de explotación minero-energética.

Durante 2019, esta tensión se fue densificando. Paros agrarios en el Catatumbo (Nororienté colombiano), protestas de profesores y médicos, tomas simbólicas de universidades y una creciente presencia feminista en el espacio público, como se evidenció en las movilizaciones del 8M y las marchas contra la violencia de género, evidenciaban que la protesta ya no se limitaba a los repertorios tradicionales de los sindicatos o los partidos. En este contexto, se multiplicaron los actores, muchos de ellos jóvenes que combinaban la calle con las redes, la denuncia con la construcción de propuestas a través de las ollas comunes y los murales de memoria con las transmisiones en vivo desde las líneas de contención. Cuando en octubre de 2019 el gobierno de Iván Duque presentó su propuesta de reforma laboral con medidas como la reducción de cesantías y la facilitación del despido, el rechazo no fue nuevo, era la reactivación de una lucha antigua, ahora con nuevos portavoces y formas de visibilizarla. El 21N, entonces, no fue el inicio de algo, sino el momento en que muchas de esas luchas encontraron un detonante común y una fecha para converger.

Lo que ocurrió después, la represión, los muertos, el vacío en el diálogo no apagó ese impulso, lo transformó. Durante 2020, en plena pandemia por COVID-19 la protesta no desapareció, se replegó, se adaptó, se sostuvo en lo local. Las asambleas continuaron, ahora por *Zoom* o en plazas con distanciamiento sanitario. Los colectivos feministas, indígenas y estudiantiles siguieron tejiendo alianzas, se multiplicaron las iniciativas de solidaridad barrial, las radios comunitarias, los talleres de formación política. Incluso el lenguaje se transformó, frases como «¿por qué tanta violencia si solo pedimos paz?» o «esto no es una protesta, es una exigencia» circularon con fuerza en redes sociales, anticipando un tono que, en abril de 2021, volvería a las calles con mayor contundencia.

Cuando el gobierno presentó su propuesta de reforma tributaria, la inconformidad social no partió de cero. El 28A no fue un «segundo estallido» sino la reactivación de un ciclo ya en marcha, con una infraestructura organizativa más densa, una memoria compartida de la represión policial y un repertorio ampliado. Los mismos estudiantes que habían coordinado bloqueos en 2019 ahora lideraban comités de resistencia barrial, los mismos colectivos indígenas que marcharon en la Minga de 2018 estaban en las primeras líneas en ciudades del suroccidente colombiano como Cali, Popayán y Pasto, los colectivos feministas que en 2019 habían sido marginados en algunos espacios de negociación, en 2021 estaban en el corazón de la logística, la comunicación y la defensa.

En este sentido, los *turning points* del 21N y el 28A no pueden leerse por separado. El primero abrió la puerta, el segundo la empujó hasta que cedió. Como lo define Tarrow (2011), un *turning point* no es simplemente un pico de movilización, sino un momento en el que «las relaciones entre actores, oportunidades políticas y repertorios de acción se reconfiguran de forma duradera» (p. 163), alterando la trayectoria de un ciclo de protesta. Lo que quedó del paso de ambos se puede considerar como una correlación de fuerzas y una deslegitimación profunda del gobierno de Duque, la irrupción de lo social como actor central, capaz de imponer una agenda y forzar renunciaciones ministeriales, lo cual, en última instancia, incidió en victoria electoral de Gustavo Petro en 2022.

Sin embargo, buena parte de la literatura académica producida sobre este periodo ha tendido a analizar estos dos momentos de forma fragmentada. Trabajos como los de Lozano-Lerma (2022) y Aguilar-Forero (2022) ofrecen lecturas rigurosas del 21N, destacando su carácter de protesta convergente, pero dejan poco espacio para rastrear sus efectos de mediano plazo. Por su parte, estudios centrados en el 2021 como los de Lince-Bohórquez (2022) y Barrero-Cubides (2023), aunque reconocen la influencia simbólica del 21N, suelen enfocarse en la novedad del 28A, reforzando la idea de un «segundo estallido». Incluso el término estallido social, ampliamente usado para designar las movilizaciones de 2021 (Moreno-Socha, 2024; Velásquez, 2024), si bien busca capturar su intensidad y su impacto disruptivo, corre el riesgo de invisibilizar la trama organizativa que lo sostuvo, lo cual, como ya se ha manifestado anteriormente, estaba en construcción desde antes del 21N.

Esta fragmentación analítica, más que un problema terminológico, responde a una dificultad mayor vinculada a la falta de herramientas conceptuales para pensar la conexión funcional entre momentos de alta intensidad contenciosa separados por periodos de aparente calma. Es bajo esta perspectiva que este trabajo propone avanzar sin negar la especificidad de cada evento, pero leerlos como partes de un mismo nodo de contienda, es decir, como un proceso articulado de interacciones contenciosas en la que actores, demandas y repertorios se retroalimentan en un marco espaciotemporal.

RECONFIGURACIÓN GENERACIONAL Y TERRITORIAL DE LA PROTESTA EN EL NODO DE CONTIENDA 2019-2021

Colombia vivió entre 2018 y 2022 un ciclo de contienda de alta intensidad, pero su significado no solo reside en el número de eventos de protesta (75 documentados), sino en la forma en que estos se conectaron en el tiempo, el espacio y la acción colectiva. Como muestra la Tabla 1, el ciclo se estructura en torno a dos momentos de máxima densidad: 2019 (20 eventos, con pico en noviembre) y 2021 (20 eventos, concentrados en abril-mayo), separados por una fase de adaptación en 2020 (12 eventos) y seguidos por una transición política en 2022 (9 eventos). Sin embargo, esta distribución no solo responde a una lógica de «picos y valles», sino a una dinámica de acumulación y reactivación, es decir, lo que se ensayó entre 2018-2019 se reconfiguró en 2020 y se desplegó con mayor complejidad en 2021.

Tabla 1. *Distribución cuantitativa de los eventos de protesta en Colombia entre 2018 a 2022*

Año	Total de eventos	Meses con mayor intensidad	Mayor cantidad de eventos según episodio asociado
2018	14	Octubre–Diciembre	8 (Paro Nacional Universitario)
2019	20	Noviembre–Diciembre	10 (#21N: Estallido Social)
2020	12	Septiembre–Octubre	5 (Estallido contra brutalidad policial)
2021	20	Abril–Mayo	12 (Paro Nacional Indefinido)
2022	9	Abril–Junio	6 (Conmemoraciones y movilización electoral)

La evidencia de esta articulación se centra en la composición de los actores y sus formas de acción. La Tabla 2 revela que casi un tercio de los eventos (29,3 %) fueron multisectoriales, es decir, movilizaciones en las que estudiantes, sindicatos, pueblos indígenas, colectivos feministas y juventudes urbanas no solo coincidieron en la calle, sino que compartieron marcos de interpretación y demandas convergentes. Como señala Barrero-Cubides (2023) esta convergencia no fue espontánea, sino el resultado de un proceso de traducción política como lo fue la capacidad de sectores históricamente fragmentados para reformular sus luchas específicas (educación, territorio, trabajo, género) en un lenguaje común de la justicia social. El hecho de que los actores estudiantiles (20 %) y juveniles/Primera Línea (10,7 %) sumaran más del 30 % del total, y que ambos hayan estado presentes en los momentos críticos identificados, sugiere que la juventud principalmente vinculada al movimiento estudiantil no fue un «actor coyuntural» sino un agente estructurante del ciclo capaz de articular lo local con lo nacional.

Tabla 2. *Tipología de eventos de protesta según actor principal (2018–2022)*

Tipo de actor	Número de eventos	Porcentaje	Características
Multisectoriales/ estallidos sociales	22	29,3	Movilizaciones masivas con múltiples demandas y actores diversos (sindicatos, estudiantes, indígenas, feminismos, juventudes)
Estudiantiles/ universitarias	15	20	Centradas en defensa de la educación pública, presupuesto universitario y denuncia de corrupción institucional
Sindicales/ obreras	10	13,3	Lideradas por FECODE, Asonal, trabajadores universitarios y de la salud; enfocadas en salarios y derechos laborales
Indígenas/Minga	8	10,7	Convocadas por CRIC, ONIC y guardias indígenas; énfasis en cumplimiento del Acuerdo de Paz, defensa territorial y autonomía
Juveniles/ Primera Línea	8	10,7	Acción directa en barrios periféricos; respuesta a violencia estatal y construcción de defensas comunitarias
Comunitarias/ locales	7	9,3	Iniciativas como los «Trapos Rojos», asambleas populares barriales y redes de protección a líderes sociales
Electorales/ políticas	5	6,7	Movilizaciones vinculadas a campañas (2022), con consignas como «La protesta también vota»

Esta capacidad de articulación se refleja también en la evolución de los repertorios. La Tabla 3 permite observar una clara tendencia hacia la hibridación táctica, donde los bloqueos viales, casi inexistentes en 2018 (un evento), se multiplicaron en 2021 (ocho eventos) en combinación con acciones directas radicales (seis eventos), performances culturales (cuatro eventos) y activismo digital (cinco eventos). Esto confirma lo que Moreno-Socha (2024) ha documentado, planteando que la protesta colombiana del ciclo reciente no opera en una lógica calle vs. redes, sino en una doble espacialidad simultánea, donde lo digital no es mero difusor, sino espacio de coordinación, denuncia en tiempo real y construcción de legitimidad nacional e internacional. Los performances culturales como los murales conmemorativos, las velatonas colectivas o los bailes en puntos de resistencia, no son elementos menores, sino dispositivos de memoria en acción que conectan eventos aparentemente separados, en donde, por ejemplo, el mural de Dilan Cruz realizado en 2019 reaparece en 2021 junto al de Lucas Villa, y ambos se viralizan en X/Twitter con los mismos *hashtags* (#NoOlvidamosNoPerdonamos), generando una narrativa transversal de resistencia.

Tabla 3. *Repertorios de acción colectiva contenciosa en Colombia entre 2018 a 2022*

Repertorio	2018	2019	2020	2021	2022	Total
Paros nacionales	3	2	1	1	0	7
Marchas tradicionales	5	4	2	3	2	16
Cacerolazos	0	2	1	1	0	4
Bloqueos viales	1	3	2	8	1	15
Acción directa radical	0	1	3	6	0	10
Performances culturales	0	1	1	4	2	8
Activismo digital	0	0	2	5	3	10
Conmemoraciones simbólicas	0	0	1	3	5	9
Movilización electoral	0	0	0	1	4	5

Esta articulación no es solo simbólica, sino territorial y organizativa. Los 82 puntos de resistencia documentados durante el Paro Nacional de 2021 no eran improvisaciones, sino que eran espacios autogestionados que combinaban logística (ollas comunes), defensa (brigadas de primeros auxilios), comunicación (radios comunitarias) y formación política (asambleas) (Lince-Bohórquez, 2022). Su existencia y su distribución en ciudades intermedias y periferias urbanas, evidencia que la protesta ya no se agotaba en jornadas simbólicas, sino que se enraizaba en lo cotidiano. Esto se confirma con los patrones de duración, en donde si bien el 46,7 % de los eventos fueron puntuales, el 26,7 % duraron más de una semana, y los cinco eventos extendidos (más de cuatro semanas) como el Paro Universitario de 2018 (82 días) y el Paro Nacional de 2021 (70 días) fueron precisamente los que generaron los residuos organizativos más duraderos.

En conjunto, estos datos describen que «no fue solo un estallido» como manifestó una de las activistas entrevistadas y como se reivindica en el título de este trabajo, sino que fue la constitución de un nodo de contienda, es decir, un proceso en el que el impacto no se mide solo por el número de personas en la calle, sino por la densidad de conexiones entre actores, la persistencia de repertorios adaptados y la capacidad de trasladar la contienda de lo simbólico a lo estructural. Tal y como plantean McAdam *et al.* (2001), los ciclos de protesta avanzan no por acumulación lineal, sino por la formación de momentos en los que múltiples cadenas de acción contenciosa se entrelazan, generando efectos sistémicos. En Colombia, el nodo 2019–2021 tuvo un logro inédito en décadas como lo fue desestabilizar el consenso neoliberal, forzar la renuncia del ministro de Hacienda y, finalmente, abrir un espacio político que hizo posible una victoria electoral de un candidato de izquierda como Gustavo Petro.

Ahora bien, uno de los rasgos distintivos del nodo de contienda 2019–2021 no fue solo su intensidad, sino su capacidad para reclutar y politizar a una nueva generación de jóvenes, muchos de los cuales no habían participado antes en movilizaciones masivas. Como lo ha documentado Cavieres (2023) en su estudio comparado sobre Chile y Colombia, una proporción significativa de los manifestantes del 21N y del 28A eran primerizos, es decir, personas para quienes aquella era la primera experiencia de acción colectiva contenciosa, marcada por una mezcla de indignación, incertidumbre y aprendizaje acelerado. Esta no era, como a veces se ha sugerido, una «generación espontánea», sino una que llegó después de una fase de letargo relativo en la movilización juvenil, particularmente evidente durante el segundo gobierno de Santos (2014–2018), cuando la agenda nacional estuvo centrada en el proceso de paz y los paros sectoriales se volvieron más técnicos y menos masivos (Aguilar-Forero, 2022).

Por otra parte, si bien la dimensión generacional revela quiénes se movilizaron, la dimensión territorial muestra dónde y cómo lo hicieron. En este nodo de contienda, la protesta rompió con la centralidad histórica de Bogotá como epicentro de la movilización social en Colombia y relocalizó el centro político en las periferias urbanas, particularmente en Cali (suroccidente colombiano) ciudad que, según múltiples entrevistas, se convirtió en el «laboratorio simbólico» del 28A.

El caso de Puerto Resistencia es revelador. No fue solo un punto de resistencia más, sino que se convirtió en un centro de operaciones autogestionado, con cocina comunitaria, brigadas médicas, talleres de formación y una radio propia en pleno suroriente de la ciudad de Cali, liderado por jóvenes que, como señala Juan (Activista-Valle #02), no venían de tradiciones de izquierda institucionalizadas, sino de barrios populares como Siloé:

En el plantón de Siloé, yo me manifesté como miembro del colectivo. Cada quien se movilizaba en su territorio, entendiendo la dinámica de movilidad y el peligro de la seguridad. No era una convocatoria centralizada; era una red de resistencia barrial. (Comunicación personal, 15 de agosto de 2024)

Pero la territorialidad no se limitó a lo físico. El ciberactivismo no fue un recurso secundario, sino un espacio contencioso en sí mismo. Allí se coordinaban bloqueos, se documentaba la represión en tiempo real, se construía legitimidad y se protegía a los manifestantes. Camilo (Activista-Valle #01) así lo describe: «Cuando capturaban estudiantes, les quitaban los celulares y se perdían. Las redes sirvieron para divulgar la información: quién fue detenido, dónde lo tenían, qué denunciar. Era una herramienta de denuncia y de búsqueda» (Comunicación personal, 20 de agosto de 2024). En la misma línea, Laura (Activista-Valle #06) añade: «Durante el paro, quienes estábamos fuera de Cali trabajábamos por redes. Allí nació El Megáfono.

Buscábamos piezas auditivas, montábamos fotos de las barricadas, entrevistábamos a heridos. No estábamos en la calle, pero sí en la contienda» (Comunicación personal, 24 de agosto de 2024).

Este uso estratégico de lo digital permitió superar las limitaciones impuestas por la pandemia y la represión. No se trataba de *trending topics*, sino de infraestructura política. Como señala Nathaly (Activista-Cauca #08): «Nos íbamos casa por casa en Popayán recolectando mercado. Subíamos las fotos a WhatsApp, las organizaciones las viralizaban. Eso no era viralidad, era logística política» (Comunicación personal, 28 de agosto de 2024).

En conjunto, la periferia y lo digital funcionaron como dos caras de una misma estrategia, en la cual la primera anclaba la protesta en lo local y la segunda la proyectaba en lo nacional e internacional. Juntas permitieron que el nodo 2019–2021 no se agotara en un ciclo de dos meses, sino se sostuviera durante más de 70 días e inclusive y dejara residuos organizacionales y políticos duraderos.

LA DISCUSIÓN: EL NODO DE CONTIENDA, EL PAPEL DE LOS *BROKERS* Y LOS RESIDUOS ORGANIZATIVOS

Los hallazgos de esta investigación permiten repensar el ciclo de movilización acaecido en Colombia entre 2018 y 2022 no como una secuencia de procesos independientes y segmentados, ni como una sucesión de picos separados por tiempos muertos, sino como la configuración de un nodo de contienda, es decir, como un proceso en el que actores, agendas y repertorios se entrelazan funcionalmente, generando efectos acumulativos que transforman la relación entre sociedad y Estado. En este sentido, los procesos iniciados el 21 de noviembre de 2019 y el 28 de abril de 2021 no constituyen episodios aislados, sino momentos de reactivación y escalada dentro de una misma cadena contenciosa, alimentada por tensiones estructurales persistentes tales como la desigualdad, la violencia estatal, el incumplimiento del Acuerdo de Paz, y sostenida por una infraestructura organizativa capaz de resistir, adaptarse y reaparecer.

Un actor clave en esa reconfiguración fue el movimiento estudiantil, quien cumplió una función de *broker* intersectorial, es decir, de articulador entre demandas, escalas y repertorios históricamente segmentados. Contrario a la imagen de un movimiento limitado a reivindicaciones gremiales (matrículas, presupuestos, autonomía universitaria), las entrevistas y el análisis de los eventos muestran que el estudiantado universitario, especialmente en contextos urbanos del suroccidente colombiano, operó como un puente entre lo local y lo nacional, lo universitario y lo comunitario, lo presencial y lo digital. No se trata aquí de una «élite intelectual» que iluminaba al pueblo, sino de jóvenes insertos en redes barriales, familiares y

laborales, capaces de traducir críticas sectoriales en marcos más amplios, como por ejemplo la lucha por la reforma tributaria que se entrelazó con la exigencia de justicia para Dilan Cruz y Lucas Villa, la denuncia de la desfinanciación de la universidad pública, la defensa del Acuerdo de Paz y la protección de líderes sociales.

Esta capacidad de traducción política, término acuñado por della Porta (2018) para describir la labor de mediación cognitiva entre sectores, permitió que protestas inicialmente focalizadas se volvieran procesos multisectoriales. El estudiante, que en 2020 recolectaba mercados casa por casa en Popayán (Nathaly, activista-Cauca #08), no lo hacía como «voluntario», sino como parte de una lógica de solidaridad que rompía con la división entre campus y barrio. El colectivo que en Cali gestionaba asesoría jurídica para detenidos (Juan, Activista-valle #02) no actuaba como «ONG», sino como núcleo de una defensa comunitaria en la que lo académico y lo político se volvían indisociables. En este sentido, el movimiento estudiantil no «se sumó» al ciclo, sino que lo habilitó, al articular tradiciones de lucha (sindical, indígena, feminista) con nuevas formas de acción (ciberactivismo, defensa territorial, pedagogía popular), algo que también se ha observado en Argentina (Svampa, 2002) y Chile (Von Bülow, 2021), pero con una especificidad colombiana a partir de su capacidad para operar en contextos de alta fragmentación política y violencia estructural.

Pero quizás lo más revelador de este nodo no es su intensidad en el momento álgido, sino lo que queda después como una trama de residuos, en el sentido que Tilly (2004) da al término, como huellas organizativas, simbólicas y materiales que persisten más allá de la movilización visible y que condicionan futuros ciclos de contienda. En lo material, el nodo dejó infraestructuras tangibles: 82 puntos de resistencia en 2021, muchos de los cuales se transformaron en espacios permanentes de autogestión como Puerto Resistencia en la ciudad de Cali, con su cocina comunitaria, su radio y sus talleres de formación (Juan, Activista-Valle #02); redes de solidaridad barrial que, como cuenta Nathaly (Activista-Cauca #08) en Popayán, continuaron operando meses después del paro.

En lo organizativo, se consolidaron nuevos modos de coordinación como los comités de apoyo jurídico que operaron de forma autónoma durante el paro (Camilo, Activista-Valle #01; Juan, Activista-Valle #02); asambleas barriales que se mantuvieron activas aun en pandemia (Laura, Activista-Valle #06); y estructuras híbridas como el Megáfono, un medio estudiantil autogestionado que combinaba denuncia, memoria y pedagogía (Laura, Activista-Valle #06). Estos no son comités puntuales, sino formas de organización que persisten y que constituyen un capital político colectivo.

En lo simbólico, el nodo generó una nueva gramática de lo político a partir de consignas como «No olvidamos, no perdonamos» (Camilo, Activista-Valle #01), que se volvieron dispositivos de memoria transversal que vinculan eventos separados

en el tiempo; los murales con los rostros de Dilan Cruz, Lucas Villa, Alison y Sebastián Múnera (Nathaly, Activista-Cauca #08) no son homenajes estáticos, sino lugares de enunciación que mantienen viva la exigencia de justicia, y las performances en los puntos de resistencia (bailes, teatro, lecturas) que transformaron la protesta en un acto de reparación simbólica, en palabras de Barrero-Cubides (2023).

Pero los residuos no son solo progresivos, también hay residuos represivos: la reforma al Código de Policía, los más de 2000 procesos judiciales contra manifestantes (Indepaz, 2023), y la reconfiguración de las tácticas del ESMAD (Escuadrón Móvil Antidisturbios) que conforman una contramemoria institucional que busca deslegitimar la contienda. Y junto a ello, una fatiga militante que afecta especialmente a los núcleos estudiantiles, cuyos integrantes enfrentan la presión académica, el trabajo, la deuda con el Ictex y la dificultad de relevo generacional (Camilo, Activista-Valle #01; Laura, Activista-Valle #06; Santiago, Activista-Valle #07).

Como advierte Karen (Activista-Nariño #05): «La violencia patriarcal que se sufre es como muy triste, porque eso te garantiza que estás en una organización de izquierda revolucionaria, pero no te garantiza estar libre de violencias» (Comunicación personal, 25 de mayo de 2024). Por tanto, esta ambivalencia sugiere que los ciclos de movilización no terminan, sino que se transforman, dejando tras de sí una constelación de posibilidades y obstáculos. Por lo tanto, se propone pensar en una tipología de salidas del nodo, no como fin, sino como transición en los procesos de acción colectiva contenciosa tanto para Colombia como para otros contextos de América Latina.

CONCLUSIONES

En este artículo se propone la noción de nodo de contienda como herramienta analítica para comprender los procesos de movilización social desplegados en Colombia entre 2019 y 2021, superando la fragmentación que los analiza como episodios aislados (21N y 28A), así como también la reducción que los interpreta como «estallidos sociales» espontáneos. A la luz de los datos empíricos (75 eventos documentados), una trama de actores multisectoriales y la persistencia de repertorios y territorios entre ciclos, se puede concluir que este periodo no constituye una sucesión de picos de efervescencia, sino un proceso de articulación funcional, en el que el 21N opera como momento de expansión y legitimación y el 28A como momento de reactivación territorial y radicalización convergente. El nodo, en este sentido, no es una figura retórica, sino una unidad de análisis intermedia entre el episodio y el ciclo, que permite capturar la interdependencia sistémica entre acciones, actores y espacios contenciosos, retomando los lineamientos teóricos de autores como Tarrow (2011) y McAdam *et al.* (2001).

En particular, el movimiento estudiantil universitario cumplió un rol decisivo como *broker* intersectorial, no solo por su capacidad de liderazgo, sino por su posición estructural entre lo local y lo nacional, lo gremial y lo comunitario, lo presencial y lo digital. Los estudiantes no solo tradujeron demandas sectoriales, sino que se insertaron en agendas sistémicas (reforma tributaria, justicia para Dilan Cruz), articulando defensas barriales y estrategias jurídicas, operando como puentes entre feminismos, pueblos indígenas, sindicatos y juventudes urbanas. De esta manera, se consolidó su rol no como actor coyuntural, sino como agente de traducción política en contextos de alta fragmentación institucional (della Porta, 2018).

Sin embargo, la centralidad del nodo no radica únicamente en su intensidad, sino en los residuos que generó, los cuales, tal y como se evidenciaron en el trabajo, giran en torno a una trama ambivalente de aperturas y cierres que redefine el escenario post-movilización. Por un lado, logros concretos (renuncia del ministro de Hacienda, condonación de deudas, protocolos de género en universidades) y transformaciones subjetivas entre las que se encuentra una nueva gramática de lo político, donde la juventud se reconoce como sujeto histórico y no como «generación espontánea» (Cavieres, 2023).

Ahora bien, dentro de la lógica del nodo de contienda, la elección presidencial de Gustavo Petro en 2022 puede interpretarse como una de las salidas institucionales que reconfiguraron el escenario post-movilización. Más que un cierre del ciclo, este resultado reflejó cómo los residuos organizativos y simbólicos del 21N y del 28A fueron parcialmente traducidos al campo electoral. Si bien esto constituye un logro concreto en términos de acceso al poder y una transformación subjetiva derivada del reconocimiento ciudadano de la izquierda como una alternativa de gobierno, también revela las tensiones propias de la transición entre la contienda social y la política formal. Así, la victoria de Petro no agotó el nodo, sino que evidenció su carácter transitorio, pues la persistencia de la contienda ya no se mide exclusivamente en la calle, sino también en la disputa por la implementación de agendas y la defensa de los espacios autogestionados.

Por otro lado, se encontraron también aspectos atenuantes a la movilización social como la reforma al Código de Policía (Ley 2273 de 2022), la judicialización masiva de manifestantes, y una fatiga militante que afecta especialmente a los colectivos estudiantiles, cuyos núcleos se debilitan por la presión académico-laboral y la dificultad de relevo generacional. Esta ambivalencia sugiere que los nodos de contienda no terminan sino que se transforman, dejando tras de sí una constelación de posibilidades (institucionalización, autogestión territorial, reconfiguración digital) que condicionan futuros ciclos.

Así, la noción de nodo de contienda puede ser útil más allá del caso colombiano, puesto que permite analizar cómo, en América Latina, las nuevas oleadas

de protesta operan no como rupturas absolutas, sino como reactivaciones de infraestructuras contenciosas acumuladas, en las que actores aparentemente marginales (estudiantes, jóvenes de periferia, colectivos feministas) se vuelven *brokers* decisivos. Y, sobre todo, invita a preguntar ¿qué tipo de investigación se requiere para estudiar no la protesta, sino la persistencia de lo social como sujeto político? Porque, como advierte una joven activista de Popayán: «No es que por ser joven uno esté en una etapa de rebeldía. Es cómo asumimos nuestras luchas y no las dejamos» (Nathaly, Activista-Cauca #08, en comunicación personal, 28 de agosto de 2024). Y es justamente en esa persistencia organizada en donde se encuentra la capacidad de sostener la contienda más allá de un estallido.

Declaración sobre el uso ético de inteligencia artificial

Este artículo fue redactado íntegramente por su autor, con el apoyo de herramientas de Inteligencia Artificial (Grammarly; Elicite; Scite.ai) limitado exclusivamente a funciones auxiliares de escritura y organización, conforme a los lineamientos éticos de las COPE Guidelines on AI Tools (2024).

La IA fue utilizada para:

Sintetizar y estructurar notas de campo y transcripciones de entrevistas; mejorar cohesión textual, claridad argumental y corrección gramatical; sugerir formulaciones alternativas para evitar repeticiones o ambigüedades.

En ningún caso la IA participó en:

La formulación de la pregunta de investigación ni del marco teórico; el diseño metodológico, la recolección o el análisis de datos empíricos; la interpretación de hallazgos, la construcción de conceptos, ni la selección/cita de fuentes académicas.

Todos los argumentos, evidencias y conclusiones son responsabilidad intelectual exclusiva del autor. El uso de IA se restringió a un rol instrumental, sin incidencia en la validez ni la originalidad del conocimiento producido.

REFERENCIAS

- Aguilar-Forero, N. (2022). Memoria y juvenicidio en el estallido social de Colombia (2021). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 20(3), 1-25. <https://dx.doi.org/10.11600/rlcsnj.20.3.5492>
- Álvarez-Rodríguez, A. (2022). El paro nacional del 2021 en Colombia: Estallido social entre dinámicas estructurales y de coyuntura. La relevancia de la acción política y del diálogo en su desarrollo y transformación. *Prospectiva*, (33), 1-12. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i33.11864>
- Arango, A. (2022). De la calle a las urnas. *Revista Debates*, (88). 22-33. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/351961>

- Archila, M. (2022). El estallido social del 2021 dentro de las luchas sociales en Colombia. *Revista Oraloteca*, (12), 6-11. <https://revistas.unimagdalena.edu.co/index.php/oraloteca/article/view/5290>
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Cuadernos Argentinos Manantial.
- Barrero-Cubides, H. (2023). Jóvenes, protesta y política en tiempos de polarización: Colombia 2019–2021. *Revista Colombiana de Sociología*, 46(1), 125-148. <https://doi.org/10.15446/rcs.v46n1.108321>
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de Internet*. Alianza Editorial.
- Cavieres, J. (2023). *Narrativas de manifestantes primerizos en los estallidos sociales de Chile y Colombia* [Tesis de doctorado inédita]. Universidad Diego Portales.
- Cefaï, D. (2011). Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas: De la experiencia al compromiso. *Revista de Sociología*, (26), 137-166. <https://doi.org/10.5354/0719-529X.2011.27491>
- Celis, J. (Coord.). (2023). *Estallido social 2021: Expresiones de vida y resistencias*. Siglo Editorial.
- Cruz, E. (2022). Las movilizaciones sociales durante el gobierno de Iván Duque. Colombia, 2018-2022. *Cambios y Permanencias*, 13(2), 1-18. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revistacyp/article/view/13872>
- della Porta, D. (Ed.). (2015). *Social movements in times of austerity: Bringing capitalism back into protest analysis*. Polity Press.
- della Porta, D. (Ed.). (2018). *Solidarity mobilizations in the 'refugee crisis': Contentious moves*. Palgrave Macmillan.
- Dussauge-Laguna, M. (2021). *Fragmentación y memoria en las protestas recientes en Colombia* [Informe de investigación]. Centro de Investigación y Educación Popular / Programa por la Paz
- Escobar, A. (2018). *Designs for the pluriverse: Radical interdependence, autonomy, and the making of worlds*. Duke University Press.
- García Linera, Á. (2010). *La potencia plebeya: Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Siglo XXI Editores / CLACSO.
- Grupo de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* [Informe general]. Imprenta nacional. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/>
- Hernández, J. (2021). De la marcha hacia el centro al bloqueo en los barrios: Las luchas por reconocimiento y oportunidades en Cali durante el paro nacional de abril-mayo de 2021. En Centro de Investigación y Documentación Socioeconómica, *Pensar la resistencia: mayo del 2021 en Cali y Colombia. Documentos especiales CIDSE* N° 6 (pp. 127-150). <https://www.unilibre.edu.co/pdf/2021/La-Resistencia.pdf>
- Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz). (2023). *Violencia en Colombia. Informe anual 2023*. Observatorio de Derechos Humanos y Conflictividades. <https://indepaz.org.co/violencia-en-colombia-informe-anual-2023/>

- Lince-Bohórquez, W. (2022). Dialéctica del estallido social en Colombia 2021: ecosistema de la contienda política-económica inherente al capitalismo-imperialismo. Contribución al análisis de la coyuntura generada por la movilización popular entre abril y julio de 2021 en Colombia. *El Ágora USB*, 22(1), 464-485. <https://doi.org/10.21500/16578031.6090>
- Lozano-Lerma, B. (2022). Social Uprising, Racism, and Resistance in Cali's National Strike. *South Atlantic Quarterly* 121 (2). 425-434. <https://doi.org/10.1215/00382876-9663730>
- McAdam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2001). *Dynamics of contention*. Cambridge University Press.
- Moreno-Socha, J. (2024). El estallido social del 28A del 2021 en la ciudad de Cali, Colombia: experiencia de la Unión de Resistencia Cali como apuesta embrionaria de organización social. *Revista Controversia*, (222), 277-304. <https://doi.org/10.54118/controver.vi222.1321>
- Neveau, O. (2000). La democracia de los movimientos sociales: Nuevos marcos de acción colectiva. En D. della Porta, H. Kriesi & D. McAdam (Eds.), *Los movimientos sociales en la era de la globalización* (pp. 69-112). Paidós.
- Svampa, M. (2002). *La quebrada experiencia del poder popular. De los '70 a los '90*. Biblos.
- Svampa, M. (2016). El giro eco-territorial de los movimientos en América Latina. *Nueva Sociedad*, (264), 39-60. <https://nuso.org/articulo/el-giro-eco-territorial-de-los-movimientos-en-america-latinal/>
- Tarrow, S. (2011). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. (7.ª ed.). Alianza Editorial.
- Tilly, C. (1978). *From mobilization to revolution*. Addison-Wesley.
- Tilly, C. (1995). *Popular contention in Great Britain, 1758–1834*. Harvard University Press.
- Tilly, C. (2004). *Contenciones y democracia en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Tilly, C. (2008). *Contentious performances*. Cambridge University Press.
- Tilly, C., & Tarrow, S. (2005). *Contentious politics*. Paradigm Publishers.
- Velásquez, F. (2024). *Del conflicto al estallido: Las movilizaciones sociales en Colombia 2019-2021*. Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la PUCP. <https://idehpucp.pucp.edu.pe/publicaciones/del-conflicto-al-estallido-las-movilizaciones-sociales-en-colombia-2019-2021/>
- Von Bülow, M. (2021). Cross-movement alliance formation: The Chilean feminist-student coalition. *Latin American Politics and Society*, 63(3), 23-46. <https://doi.org/10.1017/lap.2021.27>
- Zibechi, R. (2012). *Territorios en resistencia: Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. CLACSO.